



"Buenos días, Venezuela", relato de viaje por
Gustavo Labarca Garel, 1967.

Agotada por el trabajo de libertar a los pueblos, que Bolívar le impuso, casi extinguida su clase dirigente, Venezuela durante largo tiempo se sometió a la tiranía de las revoluciones y los dictadores, llegando a ser uno de los emblemas de las repúblicas tropicales que explotaba el teatro cómico.

Pero no sin algún propósito el destino la puso físicamente a la cabeza de un continente.

Hay es el gran rompecabezas de los ataques contra la libertad y punto central donde se descargan los golpes destinados a abatirla. Todos saben de dónde vienen esas embestidas, quienes la organizan y en cuáles hombres asientan otros el fusil para dispararlos. "Las cadenas vienen desde lejos" dijo en Cuba un chileno, nuestro Bana Flores, que allí pudo ver sus eslabones de ceros y los sufrió.

Pero las mismas "omnipotentes circunstancias" de que está tejida la suerte de naciones e individuos colocó bajo el territorio venezolano uno de los mayores depósitos de la riqueza contemporánea, un tesoro que casi la ahogó en derroches sin medida, de esos que hacen llegar fácilmente la corrupción hasta los huesos y banded a un país en la opulencia.

La tentación de una esclavitud ociosa y regalada asaltó a Venezuela. Acaso los profundos sociólogos, que no escasean, explicarían cómo y por qué se ha salvado de la deliciosa trampa, del sueño muelle, del vivir comprendido todo; verduras, carne, conciencias.

En cierta perspectiva, toma aspectos de milagro.

Hay el milagro venezolano, fuera de los ya conocidos, acaso menos misterioso, talvez más innóculo.

Gustavo Labarca se ha pasado por él, viendo, observando, informándose, tomando notas, haciendo interrogatorios, comparando hechos y estadísticas. Ahora no se hace ni se dice nada sin números: de allí los juicios brotan. Unas cifras, unos gráficos, columnas paralelas encabezadas por el tanto por ciento y la historia marcha, desafiando al contradictor.

Un diario santiaguino le envió de correspondiente visitante. Si las cosas hubieran caminado como se debe, su misión se hubiera cumplido a través de una serie de artículos que se habrían publicado en la prensa.

No fue así.

Esas mismas "circunstancias", superiores a la justicia y la injusticia, lo dispusieron de otro modo y gracias a su intervención en el curso del devenir tenemos, en vez de una colección dispersa y fragmentaria de apuntes, un libro.

Un grave libro, ligero y sustancioso, optimista y veraz, amable y objetivo, que se puede leer e inducir a meditar, con el título mañana y simpático de un saludo a quien despertó: "Buenos días, Venezuela".

En realidad, se trata de eso.

Mientras la pesadilla roja tiene a otras repúblicas en un hervor caótico del que se ignora cómo saldrán, Venezuela emerge del suyo armada de orden fabril, industrial, agrícola, llena de laborioso ímpetu y capaz de increíbles realizaciones. El clima y los fáciles tesoros la invitaban a dormir, soñando. Es agradable cerrar los ojos al futuro cuando el presente nos mece en una hamaca. Venezuela abrió los ojos no sólo para ver, sino para prever. A la tarea de contar los

dólares petrolíferos, ha añadido la de producir esos que no se agotan, que es preciso arrancar a la tierra con esfuerzo, disciplina, cálculo y ese don mágico, más raro que todos, privilegio su par: el bienaventurado sentido común.

Un don que, para suerte suya y nuestra, tampoco le falta al viajero observador, que va de maravilla en maravilla, sin deslumbrarse.

Le sirve su instinto de escritor y el conocimiento de las palabras.

Los ideólogos las emplean con mitos. En tal calidad les rinden culto y las explotan, se proclaman en su presencia y las esgrimen como arma.

Uno de esos entes de aire que por turno inspiran amor, temor, esperanza o ira, cuyo prestigio viene de las tempestades, por esencia destinado a una vida transitoria, el vocablo "revolución" ha sido inmovilizado, y convertido en piedra intocable por la superstición del vulgo. Desdibujando el hecho de que una revolución triunfante, instalada en el mando, deja automáticamente de ser revolucionaria, se pena de auto-destruirse, se ha prolongado por artificio su existencia y hay gobierno, que la ha incorporado a su estatuto llamándose "revolucionario institucional", que es como decir revolucionario anti-revolucionario.

¿Hasta cuándo?

Hasta que el buen sentido reclame.

El de Gustavo Labarca se expresa así:

"A grandes rasgos he querido indicar —pág. 47— cómo Venezuela realiza su transformación al amparo de la libertad. Me gusta el término transformación. Llamar revolución a un proceso de cambios sin violencia me parece un recurso lírico. Los políticos emplean la palabra revolución porque posee cierta magia. Arrastra a las multitudes. En algún tiempo, esa palabra estuvo de moda. Entre 1789 y 1814 hubo una Era de las Revoluciones: revolución industrial, revolución agraria, revolución científica. Ahora se habla impropiamente de revolución democrática. En la acepción universalmente consagrada, la revolución implica sangre, destrucción real —no simbólica— de lo antiguo, restauración brusca de formas y fórmulas inéditas. Cualquier transacción, indulgencia o alianza representan en sentido revolucionario, rémoras o flaquezas que devirtieron el ritmo feroz de la acción. Revolución es, ante todo, incompatible con la libertad. Toda consulta se ve amenazada de contradicciones que la revolución no soporta. Esa es la realidad. Las acomodaciones hábiles llevan al bizantinismo. Otra cosa son las "ideas revolucionarias que pueden asistir o inspirar la acción política".

Pero a los ambiciosos no les conviene el distinguo: quieren la imagen, las palabras, la tea para sus incendios. El castigo de la realidad es que acaban creyendo sus afirmaciones. Y la lea los apista. ¿No hemos oído que el único deber de un auténtico revolucionario es hacer la revolución? Hacerla aunque esté hecha, hacerla aunque haya fracasado, hacerla por ella misma, no para remover lo malo y fundar lo bueno, sino por el gusto de hacerla, casi deportivamente.

A eso conduce la idolatría verbal.

El antídoto —no hay otro— son los hechos, las máquinas, el trabajo, la producción que puede contarse, medirse y repartirse, más allá de los proyectos, las promesas, no lo que se anunciaba y prevenía, sino lo que está allí, materializado en abundancia, libre de retóricas y programas.

La embriaguez demagógica dura un tiempo. A veces mucho tiempo. En ocasiones lo necesario para escalar el poder. Pero siempre llega la hora en que la realidad se cansa y, entonces, ante la caja vacía, solamente los cerebros vacíos siguen perorando. Pero éstos no hay esperanza de que guarden silencio; porque sucede como en la canción: "cuando el ideólogo se puso a cantar, ni el mismo diablo le hizo callar"...

Piedra Roja, octubre de 1967.

Buenos días, Venezuela" [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Buenos días, Venezuela" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile